

en que terciaba ella con el astuto fraile y con aquel hombre indefinible, cuyo misterioso imán y fascinadora palabra la llevaron desde la admiración y piedad á un sentimiento más tierno, halagándola con dulces ensueños de esposa y de reina! el cruel y súbito desengaño, el odioso proceso, los mortificantes interrogatorios, la sonrojosa aunque benigna sentencia! las imágenes por último, objeto de horror y lástima á la vez, del supuesto rey y del desgraciado confesor, ahorcado el uno en la plaza de Madrigal y el otro en la de Madrid! Después de Isabel la Católica no hay personaje más familiar en las tradiciones de la villa que el célebre pastelero; de él toma título una calle próxima al convento; indícase la casa que habitó más de un año con una ama y una tierna niña el advenedizo oficial recibiendo frecuentes y encubiertas visitas, y conmueve como un suceso contemporáneo el suplicio que sufrió en la tarde del 1.º de agosto de 1595 el que en medio de confesar la impostura supo mantener aún su aplomo y dignidad. Su verdadero rango y nombre continúan siendo en la historia un enigma: ciertamente no era aquel el caballeresco don Sebastián, pero dudamos que fuese el hombre vulgar y oscuro que decía llamarse Gabriel de Espinosa (1).

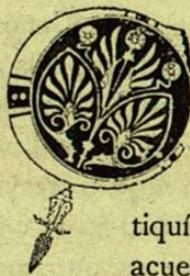
(1) Nos referimos al manuscrito de un jesuita coetáneo al suceso, que existe en la biblioteca del Escorial, sobre el cual publicó hacia 1845 don José Quevedo un interesante trabajo histórico, y al proceso original que según cita Lafuente es el continuado en el archivo de Simancas bajo los números 172 y 173 del negociado de estado.



SEGOVIA

CAPÍTULO I

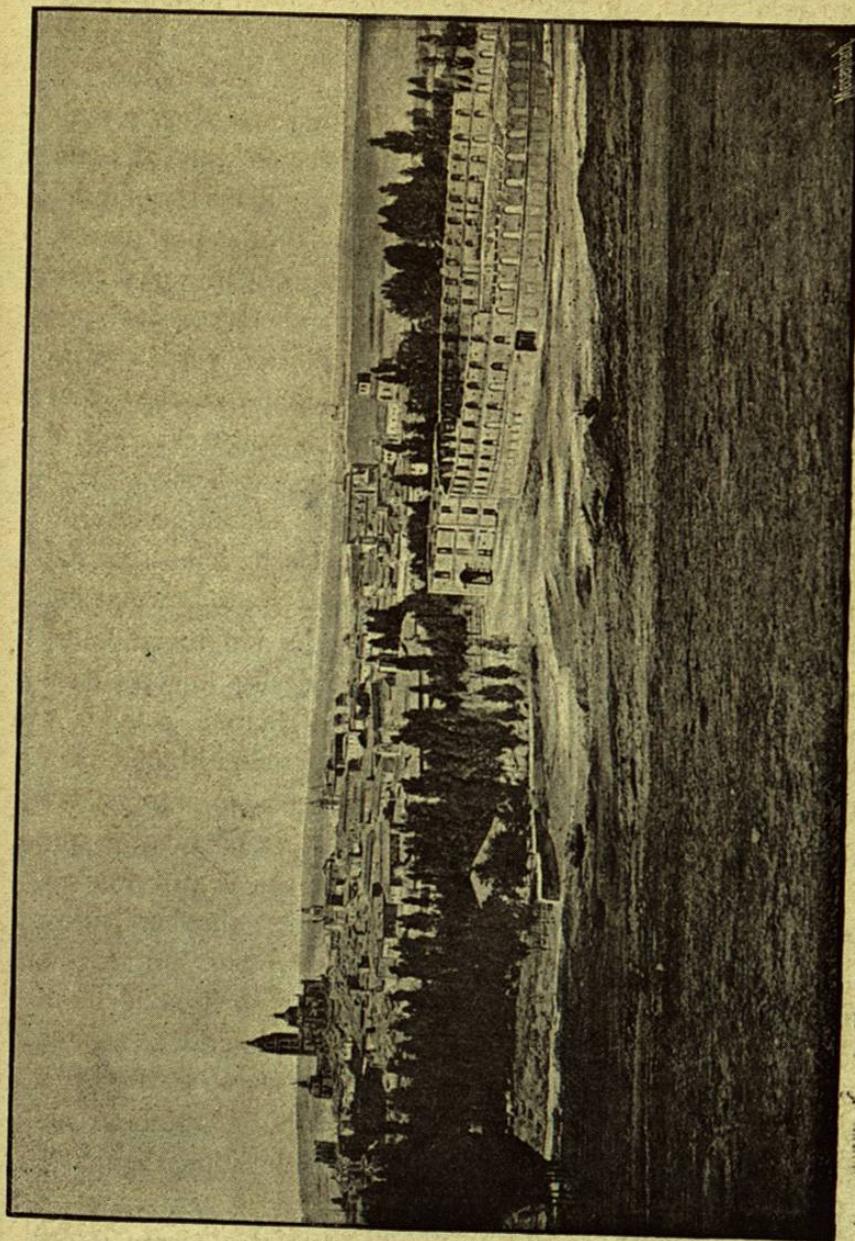
Acueducto, memorias antiguas de la capital



UANDO nacieron las viejas casas, el almenado muro, las iglesias y torres bizantinas, que cubren ahora las dos alturas de la ciudad y del arrabal como si una en otra se reflejaran, antiquísimo y de doce siglos por lo menos era ya el acueducto que todavía entero y robusto las enlaza. Habíalas visto sucesivamente yermas ó sembradas de escombros, y coronadas de fábricas musulmicas, de edificios de la dominación goda ó de ruinas del bajo imperio; había coexistido con templos y pórticos y circos romanos, formando un homogéneo conjunto de grandeza; acaso coincidió con el principio de la población, que aislada sobre una árida muela no podía abastecerse de aguas cómodamente de los hondos riachuelos que la circundan. Y hoy, al cabo de diez y nueve centurias por lo corto, continúa pres-

tando igual servicio; y el tiempo, que ha borrado casi del suelo español los arcos de triunfo, las aras, los anfiteatros, las estériles pompas de la sociedad pagana, ha convenido con los hombres en respetar la decana de sus más útiles al par que magníficas empresas, no para exhibirla como antigualla caduca y venerable, sino para mantenerla en actividad perenne y perpetuar de generación en generación sus beneficios.

Empieza al oriente de la ciudad la prolongada arquería, que no es sino el complemento de multitud de trabajos, no menos arduos y sorprendentes aunque no tan ostentosos, para traer de la sierra las aguas de Riofrío por espacio de tres leguas de minas y desmontes, tan antiguos y disimulados que parecen ya accidentes de la naturaleza más que obras del arte: un canal de mampostería las recibe desde la vieja y fuerte torre del *Caserón*, y en dos casetas de piedra cádena se depuran sucesivamente. Los primeros arcos apenas levantan del suelo las dovelas, como si yacieran enterrados sus pilares, pero á medida del declive del terreno van creciendo en altura hasta llegar á regulares proporciones: así corren con rumbo á nordoeste en número de treinta y uno desde el convento de San Gabriel hasta el de la Concepción, y luégo tirando de levante á poniente hasta la espalda de San Francisco donde se cuentan ya setenta y cinco. Allí, al borde del valle que aísla la loma sobre la cual se sienta enfrente la población amurallada, forma el acueducto un ángulo atrevido torciendo de repente al norte, y cruza la profundidad hasta tocar al muro opuesto mediante cuarenta y cuatro arcos que continúan la serie de los antedichos; mas para suspenderlos al mismo nivel brota del flanco de la cuesta otra serie de ellos en igual número, que adquieren hacia el centro en lo más bajo del terreno una elevación asombrosa. Segúan dentro de la cerca ocho ó nueve arcos más de los superiores, de los cuales aún hay vestigios y se ven sillares en los cimientos de la muralla, terminando frente á San Sebastián en la cúspide del cerro, desde donde cubierta bajo el piso de las calles se distribuye el agua por todo el



SEGOVIA.—VISTA GENERAL

ámbito de la ciudad. Agregados á los ciento veinte y ocho de arriba los cuarenta y dos de abajo, resulta un conjunto de ciento y setenta arcos recorriendo cerca de tres mil piés de longitud.

Aquel aéreo puente de doble línea de ojos tan altos y multiplicados, invirtiendo el orden de costumbre, da paso al agua por el pretil y á los hombres y caballerías por lo más hondo del cauce. Desde arriba ó desde abajo, por delante ó por detrás, de frente ó de soslayo, ofrece variadas perspectivas á cual más bella y original, mostrando al través de sus aberturas cual por los agujeros de un neorama cielo, calles, edificios, verdes paisajes, lejanos horizontes. Sobre su fantástico fondo resaltan cual si fueran monumentos las construcciones más vulgares; pero él campea y sobresale como el monumento por excelencia. Sencillez, elegancia, grandiosidad, se hermanan con admirable acuerdo en su perfecta estructura: la piedra, no traída de lejos sino sacada del mismo suelo según indican las excavaciones, berroqueña, pulimentable, jaspeada con vetas negras, ha ido tomando un oscuro y venerable barniz sobre el cual se desliza tiempo hace la acción de los siglos. Labrados á pico los sillares, grandes y cuadrilongos por lo general, y presentando todos alguna cara exterior, de manera que pueden contarse, encajan entre sí tan exactamente que no necesitan hierro, argamasa ni trabazón que los una: de esta suerte arcos y pilares por sus cuatro frentes, marcando sus juntas, parecen de propósito almohadillados. En punto á ornato no se advierte otro que restos de sencilla cornisa y en el arranque de los medios puntos lisos filetes á modo de capitel, que en los pilares del cuerpo inferior se repiten de trecho en trecho dos, tres y cuatro veces según su altura, á medida de la cual va adelgazándose su grueso. Asombran mirados desde la plaza del Azoguejo los más elevados, dignos de cualquiera catedral, fundados unos sobre la misma cantera, otros hundiendo en la arena catorce piés de cimiento: ciento y dos descubre la obra desde el piso hasta la canal, y aunque diez veces al día transite uno por bajo de aquellos arcos, es imposi-



SEGOVIA. — Mujer del pueblo

ble no levantar cada vez los ojos y con ellos el alma á sublime contemplación.

En épocas de ignorancia histórica la fábrica del acueducto, como todo lo colosal y extraordinario, no podía menos de ser atribuída al diablo por el vulgo y á mitológicos personajes por los eruditos. El arzobispo don Rodrigo, primer escritor que la menciona, la deduce del fabuloso rey Hispano fundador de la ciudad (1); y apócrifos cronistas enriquecen la ficción con una princesa Iberia no menos imaginaria que su padre, cuya mano ganó Pirro príncipe de Grecia en competencia con los de África y Escocia nada más que por su mejor acierto en dicha construcción (2). Aun el distreto Colmenares dudó si procedería de Hércules por unas estatuas ó insignias del semi-dios que un manuscrito aseguraba haber existido en dos cuadradas hornacinas abiertas en una y en otra cara del pilar más alto, si bien luégo creyó descubrir en ella semejanzas con los monumentos egipcios. Por lo gigantesco la remontan algunos á la primitiva raza indígena ó á la céltica, de cuyo lenguaje hacen derivar el nombre de Segovia como los de Segóbriga, Segoncia y Segisama: de *obra rústica bien entendida* la califica el docto P. Sigüenza, no acertando á reducirla á ningún orden de los conocidos en la antigua arquitectura, y persuadido de que no podía ser de romanos faltando en ella la inscripción que nunca descuidaban. La hubo sin embargo; no podía llevar más objeto que el de contenerla el sotabanco que se extiende sesenta piés sobre los arcos del pri-

(1) *Civitatem*, dice el prelado lib. I cap. VII hablando del supuesto rey, *juxta jugum Dorii edificavit in loco subjecto promontorio quod dicitur Covia, et quia secus Coviam sila, Secovia nuncupatur, ubi aqueductum construxit qui miro opere civitati aquarum injectionibus famulatur*. En la etimología de Segovia no estuvo el venerable historiador más feliz que en las de otros pueblos.

(2) Copia Somorrostro en su preciosa obra sobre *el Acueducto* el pasaje que extractamos de esta mal forjada crónica escrita en portugués, que se dice compuesta por Pedro Seguino obispo de Orense y confesor de Fernando II en vista de otra de Servando su antecesor en la misma silla y confesor del rey Rodrigo. De ambos fingidos autores y del escrito hace aquel ilustrado crítico el caso que se merecen.

mer cuerpo más elevados, llenando seis piés del vano de los segundos; y las tres líneas de agujeros que en sus dos frentes se notan indican á no dudarlo las grandes letras de bronce que estaban allí clavadas con puntas de hierro (1). Todavía á principios del siglo xvi permanecían algunas; lástima que se ignore hoy su contenido para precisar la controvertida época de la construcción. Hay quien por lo severa y por el silencio de los antiguos escritores la juzga anterior al Imperio; muchos la conceptúan del tiempo de los primeros Césares, aunque no basta una fingida lápida para referirla al de Vespasiano (2), ni para suponerla de Trajano su analogía con las insignes obras de que sembró el magnífico emperador su nativa tierra. Lo cierto parece que debió nacer, años más ó menos, al par de los acueductos de Tarragona y Mérida, durante el apogeo de la civilización y pujanza de los dominadores del mundo, pero tal vez á expensas de los pueblos y no por largueza de los altivos gobernantes.

Á tan insigne monumento parece debían corresponder desde los tiempos más remotos la reconocida importancia y la gloriosa nombradía de la población á cuyo uso se destinó; y sin

(1) No es la única vez que emplearon los romanos este sistema de inscripciones de que aparecen vestigios en la *casa cuadrada* de Nimes, y lo hacia indispensable en el acueducto la dificultad de cincelar las letras en sillares tan poco extensos y de mantenerlas legibles á tanta altura contra la acción de las aguas y de los vientos. Es imposible conjeturar por los huecos los vocablos que formaban, pero de las minuciosas observaciones de Somorrostro se desprende que los caracteres tenían más de un pié de altura, que debían ser muy iguales y perfectos, y más análogos al mayúsculo romano que á otro cualquier alfabeto griego, fenicio ó céltico. Que los había aún á la entrada del siglo xvi lo afirma el autor del *Dialogo de las lenguas* escrito hacia dicha época, pues dice hablando de los errores de mosén Diego Valera: «como sería decir que el conducto del agua que está en Segovia, que llaman puente, fué hecho por Hispan sobrino de Hércules, habiéndole hecho los romanos, como consta por algunas letras que el día de hoy se ven».

(2) La mención que hacen los dos Plinios del gobierno de Licinio Larcio en España en tiempo de dicho emperador sugirió á algún imperito la invención de la siguiente inscripción, cuya falsedad no pudo ocultarse á Morales ni á Colmenares por su estilo tan impropio del lapidario: *Lartius Lic. cum gubernasset Hispaniam hunc aqueductum jussit edificare*. Sobre esta más adelante se forjó otra, de la cual el P. Cerralbo, agustino, envió al viajero Bosarte este fragmento: *Licinius Lartius Hispan... præfect... jussit æd...* y supuso hallarse en el postigo de San Juan, siendo así que entonces ya no se veía en él sino una pequeña piedra sepulcral de la que tiempo atrás habían desaparecido por completo las letras.

embargo no es así. El origen de Segovia no se tiene por inmemorial sino por lo desconocido, ni por primitivo su nombre sino á causa de no ser de procedencia romana. Sábese que Sertorio sublevado contra Roma envió á Segovia á su general C. Instelo en busca de caballería; pero se duda si se mostró más decidida por el libertador de España que por sus opresores (1). Junto á Segovia triunfó Metelo de los hermanos Hertuleyos partidarios de Sertorio; mas no falta quien aplique el hecho á otro lugar homónimo situado en la Bética que á menudo se confunde con el primero (2). Plinio y Tolomeo no hacen sino nombrarla entre las ciudades de los Arévacos, pueblos los más fuertes y meridionales entre los Celtíberos (3); Antonino la menciona simplemente en el camino de Mérida á Zaragoza á veinte y ocho millas de Coca, que es la distancia exacta. Sin el grandioso acueducto

(1) Cita Somorrostro las palabras de Tito Livio sacadas de un fragmento de su libro XCI no descubierto hasta el siglo pasado. En ellas funda el sabio eclesiástico la adhesión de Segovia á Sertorio, interpretando las iniciales C. L. que se ven en algunas medallas de dicha ciudad, no por *colonia latina* según entienden otros, sino por *civitas libera* como Flórez, y refiriéndolas á la expresada época como la única en que pudo llamarse libre. Colmenares por el contrario opina que se mantuvo adicta á Roma, dando un sentido extraño á una lápida colocada en la muralla frente al convento de Sta Cruz, donde al pié de un medio relieve que figura un jinete corriendo lanza en mano, se lee: *G. Pompejo Mucroni Uxamensi an. XC sodales f. c.* En esta inscripción, al parecer sepulcral, de cierto Pompeyo Mucron natural de Osma y nonagenario, quiso ver Colmenares una conmemoración triunfal al gran Pompeyo, entendiéndolo el *Mucroni Uxamensi* por asolador de Osma y el *an. XC* por *anno X confecto* con notoria violencia.

(2) El texto de Floro es tan conciso que no dirime la cuestión. Rodrigo Caro la resuelve á favor de la Segovia Bética, situándola á una legua de Carmona junto al río Silicense que cree ser el de los Algamitas; y á ella sola puede referirse la mención que de ella hace Aulo Hircio, diciendo que fué allá Casio legado de César, al día siguiente de sublevada Córdoba por los pompeyanos, á asegurarse de la fidelidad de sus tropas. En cuanto al teatro de la derrota de los Hertuleyos hay lugar á duda entre las dos Segovias, pues por el territorio de entrambas se extendió la guerra de Sertorio. Flórez distingue las medallas de una y otra en que las de nuestra Segovia llevan un guerrero á caballo y las de la Bética un toro y un río con su puente.

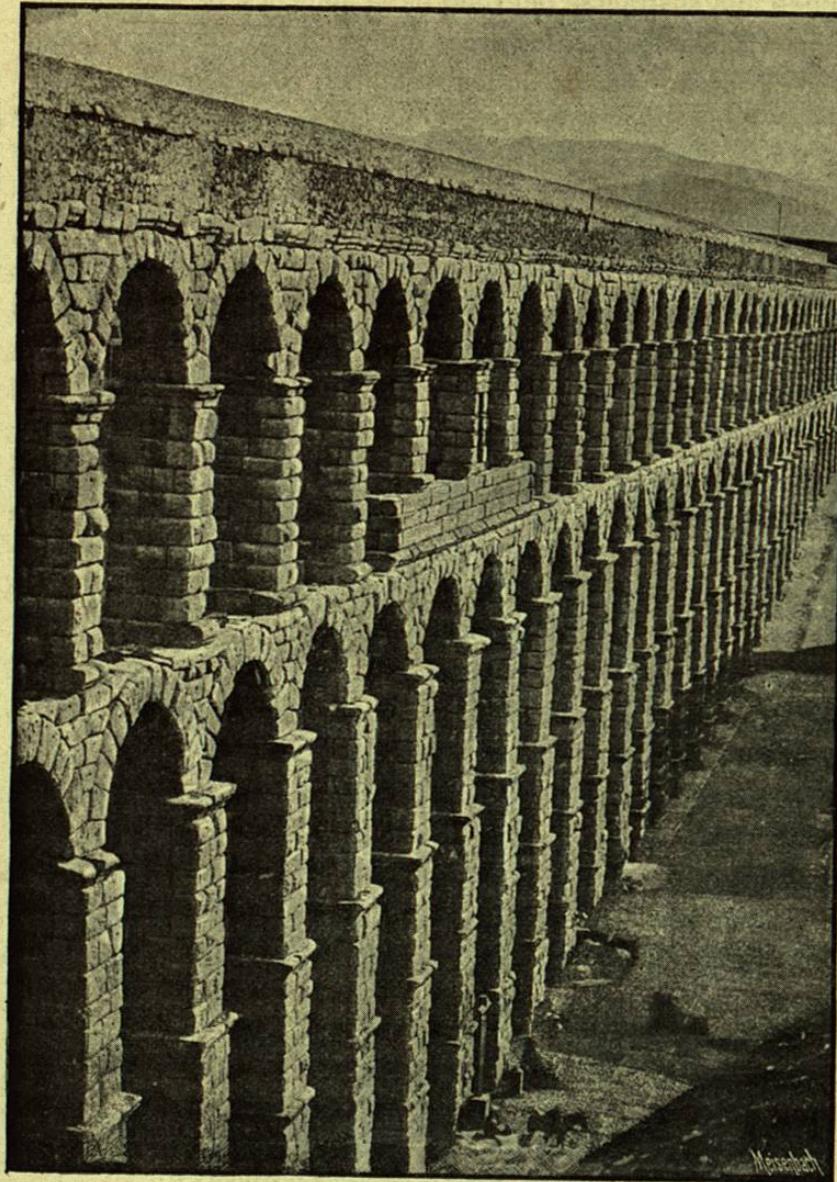
(3) El marqués de Mondéjar comprendiendo á Segovia en el país de los Vacceos, busca otra en el de los Arévacos, y la encuentra en una aldea llamada Segovilla en las cercanías de Soria, poco distante de Numancia. Pero no habiendo en esta vestigio alguno de antigüedad, y no estando rigurosamente definidos los límites entre Arévacos y Vacceos, no hay motivo para multiplicar lugares de un mismo nombre.

que atestigua su esplendor, se la creyera reducida al rango de las oscuras poblaciones que sólo figuran en los itinerarios ó en los catálogos de los geógrafos.

Á la sombra de sus arcos vivió sin duda floreciente bajo el cetro imperial, y vió reemplazar sin notable sacudimiento á los destrozados ídolos la cruz del Redentor, al disuelto coloso romano la vigorosa monarquía goda, á la importada semilla arriana el catolicismo indígena plantado por manos de Recaredo. Respetaron al parecer aquella maravilla en el siglo VIII los invasores del mediodía como la habían respetado en el V los del norte; pero más adelante vino al suelo parte de ella, acaso en alguna de las frecuentes vicisitudes con que alternaron en el dominio de la ciudad sarracenos y cristianos. Reciente debía ser el estrago cuando muchos de los sillares se aprovecharon para la construcción de las murallas que en torno de la restaurada población hizo levantar Alfonso VI; y la última catástrofe á que puede referirse es á la entrada de Almenón rey de Toledo, que rompiendo treguas con Sancho II hacia 1072 la había devastado. Lo cierto es que durante la Edad media, aunque tan favorecida Segovia por los reyes de Castilla, su *punte seca*, como entonces se la llamaba, era mas bien una soberbia ruina que una obra en ejercicio; y aunque por medio de maderas se mantenía algún tanto en uso, la gloria de rehabilitarla por completo, rehaciendo de piedra lo destruído, estaba reservada como tantas otras á la gran reina Isabel.

Treinta y seis arcos se contaban derruídos en el trecho que corre desde la Concepción á S. Francisco, y se presentó á devolverles la existencia emulando la grandeza de sus primeros constructores un fraile jerónimo de veinte y ocho años llamado fray Juan Escovedo, que el prior del Parral fray Pedro de Mesa designó á la católica soberana para la difícil empresa confiada á su cuidado. Duraron las obras de 1484 á 1489, en que al par con ellas terminó la vida del malogrado arquitecto, que atendido al carácter de la fábrica que completaba, anticipó casi medio

SEGOVIA



ACUEDUCTO ROMANO